

## UN ASPECTO DE LOS LOGOI EGIPCIOS TRASMITIDOS POR HERODOTO

RAFAEL R. CHENOLL ALFARO

En el libro segundo de su obra, Heródoto hace una mención singular sobre el reinado de un Sesostris, cuyas conquistas nos le presentan llegando a cruzar el Bósforo y penetrando en Europa (1). Sin embargo, antes de entrar en el análisis de tales expediciones, hay que recordar que el historiador griego divide en dos partes su narración sobre Egipto: "Hasta aquí he hablado de lo que me han informado mis ojos (*ópsis*), mi juicio (*gnomé*) y mi investigación (*historia*). Voy a contar ahora los relatos (*lógoi*) egipcios tal como los he oído" (2). Efectivamente en la primera parte ha descrito el país, fundamentalmente desde la perspectiva del régimen del Nilo; en la segunda, tras la advertencia citada, pasa a narrar la historia egipcia, oída por boca de los sacerdotes, en forma de catálogo de vidas faraónicas, que no deja de recordar la técnica oriental del cuento de cuentos: "De Menes, el primero que reinó en Egipto, decíanme los sacerdotes" (3); "los mismos sacerdotes me iban leyendo en un libro el catálogo de nombres de trescientos treinta reyes" (4); etc.

Volviendo a Sesostris, después de una expedición triunfal por las costas del Mar de Eritrea, hecha por mar y acabada por tierra, reflejo del efectivo dominio que el tercero de los reyes de este nombre llegó a tener hasta el Sudán, el testimonio de los sacerdotes, según Heródoto, le hace vencedor en Asia y asaltante con éxito en Europa de tracios y escitas, llegando incluso a la Cólquide (se supone que de regreso), donde dejaría una colonia (5). En este sentido, sobre el alcance real de las expediciones asiáticas de los faraones de la XII dinastía, se puede afirmar que "en Asia no intentaron establecer un imperio político enviando ejércitos para conquistar y conservar con comisarios egipcios residentes en los territorios conquistados. Durante esta dinastía sólo tenemos noticias de una expedición a Palestina, y probablemente se trató de una incursión punitiva para conservar abierta la gran ruta comercial a través de aquellas tierras, más bien que de conquista y dominio" (6).

(1) HEROD. II. 102-110.

(2) *Idem* II. 99. Cf. A. Leski, *Historia de la Literatura Griega*, Madrid, 1968, p. 339; D. Roussel, *Los historiadores griegos*, Buenos Aires, 1973, p. 44; sobre las fuentes de Heródoto cf. F. Rodríguez Adrados, "Introducción a Heródoto", *Estudios Clásicos* 6 (1961), p. 7 ss.

(3) HEROD. II. 59.

(4) *Idem* II. 100.

(5) *Idem* II. 102-105. El reinado de este Sesostris, único de éste nombre citado por el historiador, debe de ser el de Sesostris III, adscrito por Manetón a la XII dinastía, aunque antecedentes de expediciones hasta la tercera catarata se encuentran ya en el reinado del primer rey del mismo nombre (cf. E. Drioton, *El Egipto faraónico*, Bilbao, 1972, p. 102. Sobre determinadas tesis dieciochescas que defienden campañas del mismo rey en la India y China, cf. J. Sole, "L'Egiptomanie, du XVIe au XVIIIe siècle", *Annales* 2 (mars-avril, 1972), pp. 473-482, especialmente p. 477.

(6) J. A. WILSON, *La cultura egipcia*, México, 1974, p. 202.

Estas inexactitudes, como tantas otras de los “cuentos” sacerdotales egipcios, podrían quedar como mera anécdota recogida en una Historia en forja, si curiosamente no coincidiese con otra expedición, ésta ya verídica: la de Darío I de Persia contra tracios y escitas, llevada a cabo en el 512 a. de J. C. Heródoto narra la expedición del Aqueménida que, geográficamente, llegó hasta el Don (Tanais) y quizás, un poco más adelante, hasta el bajo curso del Volga (7). Cabe recordar que se sometió Tracia, pero que en Escitia se dio un golpe en el vacío, dada la táctica de tierra quemada de los indígenas.

Ante este paralelo entre leyenda e historia en la obra del “padre de la Historia”, lo fácil sería culpar al historiador griego de anacronismo. Sin embargo la coincidencia no es, viéndola en profundidad, sino una intencionada manipulación del sacerdocio egipcio o, al menos, eso creemos nosotros. Debemos tener en cuenta que, primero, Darío había conquistado Egipto en el 518 a. de J.C., aunque ya Cambises II, en el 525, había expulsado del trono faraónico a Psamético II, llegando incluso hasta Nubia y atrayéndose la cólera de los egipcios matando al buey Apis; segundo, Heródoto visitó aquellas tierras y escuchó los “cuentos” sacerdotales bajo dominio persa, en la primera mitad del siglo V tercero, dentro de su narración los sacerdotes —sobre “aquellas gloriosas campañas”— enlazan a Sesostris con Darío de la siguiente manera: “Sesostris fue el único que tuvo dominio sobre Etiopía. Delante del templo de Hefaiostos dejó memoria de su reinado en unas estatuas de mármol... Sucedió después que intentando el persa Darío colocar su estatua delante de la de Sesostris, se le opuso el sacerdote de Hefaiostos diciéndole que no había llegado a las proezas de Sesostris, pues que éste, no habiendo conquistado menos naciones que Darío, subyugó entre otras a los escitas, a quienes el persa no pudo vencer y que no siendo superior a él en hazañas, no quisiera serlo tampoco en el honor y preeminencia de las estatuas. Y es singular que Darío, no llevando a mal la resistencia, disimulase la libertad y la franqueza del sacerdote” (8).

¿Cabe preguntarse si en todo ésto no hay sino una intencionada interpretación histórica de los sacerdotes egipcios con claros tintes de xenofobia antipersa? Nosotros contestaríamos afirmativamente, dejando de lado, o al menos en un segundo plano, la más fácil, la del propio griego contemporáneo y cronista de las guerras médicas. Además de las razones que hemos expuesto anteriormente, creemos que un texto de historia romana, redactado en el siglo II d. J.C., puede ayudar a corroborar tal afirmación. El historiador romano, que no es otro que Tácito, nos cuenta la siguiente anécdota que le ocurrió a Germánico, cuando visitó Egipto en los primeros años del reinado de Tiberio en Roma: “Vistos después los grandiosos vestigios de la antigua Tebas, donde para ostentación de su primera grandeza permanecen todavía los soberbios obeliscos y en ellos esculpidas letras egipcias en que se hace mención de la primera opulencia de esta ciudad, y habiendo mandado a uno de los sacerdotes más viejos que las interpretase, refería haber habido un tiempo en ella setecientos mil hombres de armas y que con este ejército conquistó el rey Ramsés la Libia, Etiopía, los medos, los persas, bactrianos y escitas y cuantos habitaban los siros, armenios y sus vecinos los capadocios; extendiendo de allí el imperio hasta los límites de Bitinia y de Licia” (9). El viejo sacerdote vino a atribuir a un Ramésida, seguramente al más “glorioso” de ellos, Ramsés II, una conquista que no es sino el conjunto del Imperio Persa y, al englobar como vencidos a los propios medo-persas, no hacía sino conceder la gloria de Alejandro el Grande a un faraón que, en realidad, sólo con graves dificultades contuvo a los hititas en Siria-Palestina.

(7) HEROD. IV. 87-143.

(8) *Idem* II. 110. Sobre Heródoto en Egipto, cf. F. Rodríguez Adrados, *op. cit.*, p. 8.

(9) Tac. *Ann.* II. 60.

Parece pues, a nuestros ojos, que se desprenden de los textos unos puntos bastante claros: primero, el abuso de confianza notorio en la interpretación de sus propios documentos de la que hicieron gala los sacerdotes egipcios —una interpretación menos benévola aun podría pensar en la ignorancia supina de aquellos “funcionarios de los templos”, respecto a sus viejos caracteres escritos—, contando para ello, en uno y otro caso tan distantes en el tiempo, con la ignorancia y credulidad de aquellos viajeros griegos y romanos; segundo, una xenofobia antipersa rotunda, una absoluta devaluación de todo lo que pudiera significar gloria de los medos (10); tercero —y a modo de conclusión—, Heródoto no debe de ser objeto de suspicacia por su trasmisión, pues, al fin y al cabo, continuamente nos llama la atención al respecto: “Si alguno hubiere a quien se hagan creibles estas fábulas egipcias, sea enhorabuena, pues no salgo fiador de lo que cuento, y sólo me propongo escribir lo que otros me referían (11).

(10) La xenofobia antipersa parece clara tanto en los *lógoi* recogidos por uno y otro historiador. ¿Cabría preguntarse por la existencia de matices de xenofobia antigriega o antimacedonia en la pretendida conquista del Imperio Persa por Ramsés?

(11) HEROD. II. 123.